
Álvarez Barrientos, Joaquín

Cultura y ciudad: Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833). Madrid: Abada, 2017. 304 pp. (ISBN: 978-84-16160-85-3)

Los albores del siglo XVIII, con la llegada de los Borbones, sancionan, como es bien sabido, el inicio de una nueva fase histórico-cultural en la que España, tímidamente aún a lo largo de la primera mitad del siglo, bajo el reinado de Felipe V, más decididamente a partir de Fernando VI y bajo el reformismo de Carlos III, se abre al nuevo pensamiento europeo organizado en torno a la razón y al empirismo como ejes centrales y fuentes de todo conocimiento y verdad. En dicha perspectiva, en este largo siglo, desde el primer Borbón hasta la muerte de Fernando VII en 1833, España se inserta en la moder-

nidad, al tiempo que su capital, Madrid, de sede del Imperio en los inicios del setecientos, desde la cultura se erige –promediando el primer tercio del XIX– en capital burguesa, moderna y liberal. A este periodo apasionante, en el que la capital del reino se dotó de nuevos símbolos y nuevas infraestructuras, mutando la concepción del espacio urbano, al tiempo que sus habitantes fueron modificando costumbres y nuevas prácticas de sociabilidad, se halla dedicado este texto iluminador de Joaquín Álvarez Barrientos, acreditado dieciochista que cuenta en su haber con cuantiosos estudios sobre la narrativa y el teatro en el Siglo de las Luces y también, asociadas directamente a la monografía que aquí se comenta, diversas y perspicaces aproximaciones, de carácter social y cultural, sobre el Madrid de los siglos XVIII y XIX.

El autor delimita cronológicamente su ámbito de estudio, centrándose en los decenios que transcurren entre el incendio de Madrid y la realización, en 1830, de la maqueta de la ciudad, de León Gil de Palacio, siendo sus vértices, como se ha apuntado, la llegada de los Borbones y la muerte de Fernando VII; periodo en el que Madrid habrá de ser testigo de numerosos cambios estéticos, urbanísticos e ideológicos y de una nueva concepción del espacio público, que modelan su perfil de capital moderna europea, y cuya concepción reflejó en sus escritos Mesonero Romanos. Para ello Álvarez Barrientos examina cuidadosamente diversos núcleos temáticos que fueron forjando la nueva imagen de Madrid como capital moderna. A saber, la cultura como generadora de señas de identidad nacional, el ocio, el entretenimiento, las costumbres y la nueva sociabilidad de sus habitantes, sin descuidar otros aspectos claves, como la nueva concepción del espacio público, un nuevo concepto de urbanismo o la voluntad de plasmar representaciones simbólicas orientadas a cohesionar a los habitantes de la ciudad.

En su primer capítulo, de los siete que organizan la obra, en el que se ofrece al lector un pertinente panorama sobre el Madrid del XVIII, se abordan las imágenes, los lugares emblemáticos y las representaciones de la

capital que nos han legado en sus obras escritores y artistas del periodo, desde Torres Villarroel hasta los costumbristas Mesonero Romanos y Estebénez Calderón, pasando por Caldoso, Ramón de la Cruz y Larra. En estas páginas iniciales, Álvarez Barrientos se ocupa también de los censos y de los mecanismos de control llevados a cabo para garantizar el orden público y la vigilancia de la ciudad, del tema de la vivienda y las novedades en el campo de la cartografía, donde hacia inicios del siglo XIX destacan tres áreas urbanas de relieve: Palacio Real, Plaza Mayor y la zona Prado-Retiro. El perfil profesional de Madrid revela una “ciudad administrativa, señorial y aristocrática” (29), en la que aproximadamente el 40 % de la población masculina pertenecía al grupo de los improductivos (eclesiásticos, estudiantes, criados), con una importante presencia de profesionales liberales y, menos relevantes, de comerciantes y artesanos, pero también con una presencia importante de habitantes sujetos constantemente a niveles de pobreza y miseria preocupantes.

En el segundo capítulo se exploran los diversos cambios urbanísticos que experimentó la capital, desde el incendio del viejo Alcázar, en 1734, sustituido por el nuevo Palacio Real, inaugurado en 1764, hasta la confección de la maqueta de la ciudad, de gran riqueza

iconográfica, encargada al militar León Gil de Palacio entre 1828 y 1830. Los Borbones, de modo especial Carlos III, promueven diversas obras de renovación urbana, hacia la configuración de una ciudad más moderna y racional, con nuevos espacios abiertos (paseos, bulevares y plazas), el ensanchamiento y empedrado de las calles, el alumbrado público y la canalización subterránea de las aguas residuales, entre otras iniciativas, al tiempo que se erigen nuevos edificios, asociados a los nuevos gustos estéticos y expresión del poder centralizador y reformista de la monarquía borbónica. Si José Bonaparte prosigue la política de urbanización precedente, orientada a hacer de Madrid una ciudad burguesa, esta habrá de continuar –sin interrupción– el reinado fernandino quien, entre otros logros, puede exhibir la inauguración del Museo del Prado, el traslado de la Biblioteca Nacional a otro edificio y la construcción, entre 1828 y 1830, de la aludida maqueta de Madrid, que refleja los cambios que ha experimentado la capital hasta el primer cuarto del siglo XIX.

En su siguiente capítulo, “Civilización higiénica, cultura urbana y material. Nueva sociabilidad”, Álvarez Barrientos se ocupa del tema de la limpieza y las reformas higiénicas como nuevas prioridades para garantizar la salud de los ciudadanos y la salubridad de la ciudad, así como de los

cambios en las costumbres (vestimentas, trajes, modas), en los gustos y prácticas de sociabilidad que ostentan los madrileños en este siglo largo, acompañando las transformaciones reconocibles en su trazado urbanístico hacia una ciudad más moderna y racional. Si en el primer ámbito destaca la construcción de varios hospitales, concentrados en la zona de Atocha y Antón Martín, la nueva sociabilidad que se abre paso y la importancia que exhiben algunos espacios públicos erigen la zona próxima a la Puerta del Sol, ámbito público de debate, “con el mentidero de las gradas de San Felipe, sus librerías, cafés” (92), en lugar emblemático.

El autor no solo examina con penetración las transformaciones que tienen lugar en el trazado urbano o los nuevos espacios de sociabilidad que van afianzándose (tertulias, salones, cafés, etc.), sino que se adentra en cuestiones que atañen al cambio de gustos de los madrileños en las decoraciones de interiores, las vestimentas, las modas y otros núcleos temáticos asociados al ámbito de las mentalidades colectivas, sin descuidar las nuevas prácticas sociales y culturales en auge: apariencias, ostentación, religiosidad popular, cortejo, *chichisbeo*, el lujo, cómo presentarse y estar en sociedad, etc. Los cambios en Madrid a lo largo del siglo XVIII e inicios del XIX interesaron, en efecto, ámbi-

tos muy diversos: en dicha perspectiva, asevera el acreditado hispanista, la capital “fue campo de pruebas y de batalla [...] en materia de vestimenta, relaciones sociales, lujo, diversiones y lenguaje” (96).

El cuarto capítulo se halla dedicado a indagar sobre las instituciones, la cultura y las ciencias en la capital del reino, destacando el rol primordial que ha desempeñado la cultura en el proceso de profunda transformación que exhibió Madrid a lo largo del XVIII e inicios del XIX. Con la mirada puesta en la institucionalización del saber, de la cultura, de los métodos de conocimiento y de los adelantos científicos, surgen desde el poder centralizador borbónico nuevos espacios de sociabilidad, como el Jardín Botánico, cafés, salones y tertulias varias, así como instituciones de relieve –la Real Biblioteca, el Observatorio Astronómico, la Sociedad Económica Matritense, la Real Academia de Historia y el Museo del Prado, entre otras–, cuyos edificios –observa el autor– se emplazan principalmente en el eje Paseo del Prado-Atocha-Alcalá (150), instituyendo la capital como centro privilegiado de irradiación cultural y científica. Esta política de modernización cultural inscrita en el proyecto centralizador puesto en marcha por la monarquía no solo no se interrumpió o modificó con la llegada de José I, durante la guerra de Independencia, sino que prosiguió a lo

largo del primer tercio del XIX. A este respecto, indica con razón Álvarez Barrientos, “el asentamiento de la identidad desde el arte y mediante la exhibición del patrimonio cultural [...] fue una constante durante el reinado de Fernando VII” (172), quien, no se olvide, firmaría en 1818 el decreto que instituyó el nuevo Museo de pinturas, luego Museo del Prado.

El siguiente capítulo se centra en la cuestión del ocio y el entretenimiento en la ciudad, en sus cambios y en los diversos espacios, públicos y privados, en los que discurre la sociabilidad de los madrileños. Imprescindible, en dicha perspectiva, es el abordaje de los años del reinado de Carlos III, quien instituye nuevos espacios públicos, consagrando el Paseo del Prado y sus alrededores como novedad urbanística, cultural y social (173). Fiestas, bailes nocturnos, carnavales, tertulias, paseos públicos, juegos, conciertos, paseos en jardines, representaciones teatrales, conciertos, entre otros, modelan la vocación al ocio y entretenimiento de los diversos grupos sociales que conviven en la capital, en algunas ocasiones compartiendo el mismo espacio público, en otras claramente diferenciados entre sí, como en el caso de los teatros y las tertulias privadas que tenían lugar en las casas privadas de la nobleza y las clases adineradas. Preocupación de las autoridades en este sentido fue la

de establecer nuevas reglamentaciones para garantizar el decoro en estos eventos festivos y de diversión, así como plasmar un nuevo vínculo ocio/trabajo, limitando los días festivos, con el propósito de promover un ciudadano más productivo (203).

Las novedades de las sombras chinas, de los juegos malabares o las linternas mágicas, como diversiones públicas, así como el auge de la prensa y la configuración del mercado editorial y musical, erigidos en señas de identidad de la nueva urbe, constituyen otros núcleos temáticos que Álvarez Barrientos aborda perspicazmente a lo largo de este capítulo. En el penúltimo capítulo, “Capital soñada, emblema nacional”, se examina la visión que sobre la capital plasmaron diversos escritores, desde el padre Martín Sarmiento, amigo y compañero de orden del benedictino Feijoo, hasta Mesonero Romanos, el autor que, tal vez con mayor conciencia insistió en la importancia y el valor simbólico que debía exhibir Madrid como referente de toda España, como expone oportunamente en su último capítulo el acreditado dieciochista. La imagen que emerge de estos escritos es la de ensalzar la capital del reino como emblema de toda la nación. Madrid era la ciudad que debía albergar y conservar el patrimonio nacional. En dicha perspectiva, orientada a trazar una estrategia de creación de símbolos nacionales

y establecer un relato histórico, anota el autor, numerosos fueron los proyectos que se plantearon, algunos de ellos malogrados y otros afirmados más tarde, como la aspiración de instituir un *Panteón de hombres ilustres*, proyecto retomado luego por el mismo Mesonero Romanos como iniciativa que sellase definitivamente la “unidad nacional”, o bien la erección de estatuas de poetas nacionales y de las glorias del pasado, dignos de ser celebrados en espacios públicos y concebidos como instrumentos de propaganda y de reforma cívica.

Enmarcada en ese propósito de fijar la memoria colectiva de la capital como ámbito en el que se plasmaba la identidad de toda una nación y al mismo tiempo la afirmación del poder y la grandeza de la monarquía, y por tanto como vehículo de propaganda regia, precisa Álvarez Barrientos, resalta la maqueta de la ciudad, que Fernando VII encargó al director del *Real Gabinete Topográfico y Artístico*, el militar liberal León Gil de Palacio (1828-1830). La maqueta madrileña con su fuerte carga didáctica y simbólica, orientada a trazar una radiografía representativa de la capital, pero también a ofrecer una imagen de la misma nación “nació en un contexto político determinado por los cambios urbanísticos”, constituyendo “un elemento más en el plan de reforma y propaganda” (240). La iniciativa, en

suma, se inscribía, cerrando el itinerario iniciado en los albores del XVIII, en esta estrategia de creación de símbolos nacionales y de representación nacional puesta en acto desde el centro del poder político y en la que Madrid desempeñó un rol decisivo.

El libro se completa con unas muy útiles y orientativas “Palabras preliminares”, que actúan de breve prólogo al periodo escogido y a la amplitud de temas abordados, y una bibliografía de referencia actualizada. En síntesis, este meritorio estudio, con la pericia investigadora a la que nos tiene acostumbrados el autor, constituye una valiosa aportación en el campo de los estudios culturales referidos al periodo en cuestión. Álvarez Barrientos, apoyándose en un notable bagaje de carácter interdisciplinario, echa nueva luz sobre el complejo y diversificado proceso que modeló al ciudadano de la capital desde la cultura y la sociabilidad y acabó convirtiendo Madrid en capital moderna y liberal, aproximándola al nivel de otras ciudades europeas. El dieciochista ofrece un texto esencial para todo aquel que se proponga abordar la historia cultural y urbana del Madrid del periodo y explorar las profundas alteraciones –no solo en el campo de la urbanización, sino también sociales, culturales e ideológicas– que la capital y sus habitantes registraron en esta coyuntura histórica-cultural apasionante. Si la

ciudad, nos recuerda el acreditado investigador, se erige en lugar de educación y memoria que celebra y ensalza su pasado y sus glorias, plasmando en sus habitantes lazos, símbolos y valores compartidos, reformar y modernizar la capital –desde la arquitectura, la memoria y la cultura– constituye un eslabón clave orientado a afirmar-la como emblema nacional y al mismo tiempo reforzar, desde el centralismo borbónico, una nueva idea e imagen del reino y la nación.

Franco Quinziano
Universidad de Urbino Carlo Bo
(ITALIA) / Universidad de Salamanca
francoquinzi@msn.com

Bañón Hernández, Antonio Miguel
Discurso y salud: análisis de un debate social. Pamplona: EUNSA, 2018. 411 pp.
(ISBN: 978-84-313-3325-6)

El catedrático de Lengua Española Antonio Miguel Bañón Hernández cuenta con más de un centenar de publicaciones en sus dos líneas principales de investigación: el análisis de la comunicación oral y el análisis crítico del discurso, donde se ha especializado en el discurso sobre la salud y la enfermedad y, primordialmente, en el área de las enfermedades raras. Bañón ejerce como profesor en la Universidad de Almería, donde dirige el Gru-